

## TRAGEDIA ESPIRITUAL DE LOS ARGENTINOS QUE HOY TIENEN 20 AÑOS (\*)

Un episodio íntimo — que podrían considerar intrascendente quienes viven despreocupados de los graves problemas que afectan a los jóvenes — me ha inducido a elegir como tema de esta disertación lo que he dado en llamar la tragedia espiritual de los argentinos que hoy se asoman a la vida con toda la responsabilidad de sus veinte años, trágica desorientación a la que no escapamos, por cierto, los hombres maduros, que fogueados en la lucha y en la experiencia, nos hemos encontrado de pronto ante un mundo nuevo, pleno de interrogantes, de terribles amenazas y de vagas esperanzas.

Nos alumbra el resplandor de una inmensa hoguera. Sombras y más sombras se levantan sobre el horizonte. ¡Hora de agonía, hora crucial de la humanidad, en que el creyente se aferra a su fe y el hombre de ciencia reniega de los libros y del saber! Ignoramos si vamos hacia el caos o hacia un nuevo orden de vida, más justiciero y más humano.

Sería aventurado predecir la bonanza después de tan enorme catástrofe. Contra lo que comúnmente se afirma, sin mayor discriminación, podemos decir que el avance constante de la humanidad hacia su perfeccionamiento no ha sido siempre una ley de la historia. Muchas civilizaciones portentosas se han

---

(\*) Conferencia pronunciada por el autor en el paraninfo de la Universidad Nacional del Litoral con motivo de la solemne inauguración de los cursos de 1941. Queda autorizada su reproducción, siempre que en ella se haga referencia a la publicación de origen.

esfumado en la penumbra de los siglos, sin dejar otro rastro que algunos vestigios materiales. En Asia y en América se señalan ruinas de pueblos que desaparecieron hace milenios, y de los que ni siquiera se conoce su verdadero nombre. Sólo se los designa con el que arbitrariamente le han adjudicado los investigadores. Europa tuvo también cinco siglos de regresión y de barbarie al producirse la decadencia y disociación del Imperio Romano.

El progreso técnico de la humanidad durante el siglo XX no nos ha asegurado ¡lo estamos viendo! contra la barbarie. Al abrir los diarios todas las mañanas nos enteramos, ya sin estupor, cómo el hombre y sus máquinas destruyen la obra paciente de los siglos: monumentos históricos, tesoros artísticos, maravillosas catedrales, inmensas fábricas, casas confortables y magníficos buques, y cómo sepulta entre tanta ruina endebles cuerpos de niños, de mujeres, de enfermos y de ancianos. Podría decirse que frente a las palabras de unción y de paz del Evangelio sólo resonara hoy por los ámbitos del mundo la carcajada del Diablo.

El episodio íntimo a que he hecho alusión hace un momento, y que me ha inducido a ahondar el fenómeno de desorientación, que desde hace algunos años se viene advirtiendo en las nuevas generaciones, es el que voy a referir. Tengo un hijo que acaba de cumplir veinte años, y que casi simultáneamente con su libreta de enrolamiento ha recibido el título de bachiller. Meses atrás, por mandato de la ley electoral debió ejercitar, por primera vez en su vida, el derecho a elegir sus gobernantes. Ese joven ha recibido todos los consejos que un padre puede dar a un hijo para que sepa enfrentar la vida con dignidad y valentía. Sólo en un punto siempre me he abstenido de los consejos: en orientarlo hacia una determinada tendencia política. Respetuoso de la libertad de conciencia, he empezado por practicarla dentro de mi propio hogar. Estimo, por lo demás, que las nuevas generaciones deben elegir libremente sus ideales. Más aún; deben crearlos. Los partidos políticos de los padres rara vez se acomodan a las ideas

de los hijos. Ese eterno devenir de ideales y de hombres es la ley del progreso de los pueblos.

Imponer una ideología siempre es tarea fácil para un padre cuya jerarquía intelectual es reconocida por sus hijos, y lo es más, cuando éste conoce la técnica del proselitismo por haber dedicado treinta años de su vida a la acción política. Pero, si ello es fácil, no lo considero conveniente. Para el caso de que alguien pensara lo contrario, permítaseme que pregunte: ¿Podría dirigir quién en estos momentos desearía ser dirigido? ¿Pudo orientar quién se encuentra desorientado? ¿Podría aconsejar quién necesita ser aconsejado?

Bajo esta angustiosa situación de conciencia, nada se habló en mi casa de política en las vísperas electorales, o si algo salió a luz, fué para insinuar un común estado de desaliento. Llegó el día de la elección. Designado por la Junta Electoral para presidir un comicio, permanecí todo el día en mi puesto. Al anochecer, de regreso a mi casa, supe que mi hijo había realizado un viaje de dos horas hasta un barrio apartado de Rosario para depositar su voto en una urna. Y supe que había votado en blanco. Vino entonces la confesión; el desahogo. Existía en ese joven un puntilloso celo de su propia dignidad, una afirmación negativa de su sed de ideales. En ninguno de los partidos existentes encontraba un ideario adecuado a sus veinte años. Analizado el asunto con mi criterio de hombre maduro, he debido llegar a la misma conclusión. Y ahondando más el tema, he sacado numerosas deducciones que, al brindárseme por el Rectorado la oportunidad de pronunciar esta conferencia, me permiten darlas a luz en un incontenible deseo de iniciar discusión sobre el más trascendente de los problemas nuestros; de algo mucho más grave que el cierre de los mercados de consumo, que la paralización de la economía, que la falta de bodegas, que el conflicto político-electoral que enerva la labor del parlamento y mantiene en tensión a la opinión pública. En una palabra, invito a mis oyentes a que vayamos a la raíz misma del gran problema argentino, y para ello empiezo por preguntar: ¿Cuál es el ideario de la juventud de

nuestros días? ¿Dónde está su acción enérgica, decisiva, denodada, salvadora, orientada hacia la realización de los grandes destinos de la nacionalidad?

Una anécdota trae otra anécdota, y antes de entrar de lleno en materia permitáseme referir cierto episodio que ocurrió en esta ciudad, y del que fué principal actor el ilustre político y jurista español Osorio y Gallardo. El año pasado, siendo huésped de Santa Fe, desde este mismo sitio, Osorio y Gallardo nos dictó sus magníficas lecciones. Pero hay una que la dijo en cuatro palabras y ante muy pocos oyentes. Merece ser conocida. En cierta oportunidad se presentó ante el huésped una delegación de estudiantes para solicitarle su colaboración en un determinado acto público. Uno de los delegados, con entusiasmo y vehemencia, invocó en su demanda la representación de la juventud argentina. A ello respondió Osorio y Gallardo con una exclamación muy francachona, y, por tanto, muy española:

—¡Pero... es que hay una juventud argentina!

Lo que Osorio quiso decirles a nuestros jóvenes es fácil de deducir. El, un extranjero, que venía de quemarse en aras de un ideal; él, un desterrado, que había visto jugarse fieramente en campos opuestos a la juventud de su patria en la más pavorosa lucha de nuestros tiempos, sólo encontraba en nuestros jóvenes blandura, apagados ideales, deseos de vida fácil, acción vacilante o esporádica. Quiso decirles que piensan y actúan como viejos — y es sabido que en los viejos se produce una regresión hacia la infancia, y por eso piensan y actúan con un egoísmo que es propio de los niños. Quiso decirles que él no se dejaba alucinar por vanas palabras, y que ese entusiasmo del momento no podía serlo todo en la acción de la juventud de un país nuevo, lleno de problemas y amenazado hoy por graves peligros.

Sé que estoy formulando afirmaciones atrevidas, quizás molestas; conceptos que suelen llegar a flor de labios, pero que pocos se atreven a emitir. Pido, por tanto, a este selecto auditorio, y con particularidad, a nuestros jóvenes estudiantes,

serenidad para escucharme, aunque no indulgencia. No está en mis normas el pronunciar discursos adocenados, de encargo, para salir del paso, para llenar un hueco en una ceremonia. Tampoco puede ser ésto lo que la Universidad debe a la cultura del país.

Las convicciones deben sostenerse con toda valentía y debe abrirse debate sobre toda cuestión que atañe a la verdad y a la salud del pueblo. Si al intentarlo, nos equivocamos, sea ello en buena hora. Más vale errar que callar ladinamente.

Si al final de esta disertación sólo cosecho críticas en vez de aplausos, apasionadas réplicas y comentarios, en vez de protocolares y forzadas felicitaciones, podré expresar que he llenado mi objetivo y será ello un motivo de honda satisfacción. Tendré, entonces, la seguridad de que he abierto una brecha en las conciencias, y que mi éxito estará muy lejos del que comunmente obtienen los actores de teatro y los políticos, cuando en el tinglado de la farsa desarrollan los recursos de su mímica o de su elocuencia para conquistar el aplauso de públicos tolerantes o desprevenidos.

Entrando de lleno en el tema, empezaré por expresar que dos tragedias espirituales afectan a la juventud de nuestros días. Una de ellas es una innegable y dolorosa desorientación ideológica, que se traduce en la carencia de un ideario político-social, claro y definido, que contemple nuestro momento histórico y los verdaderos problemas del país. La otra, que los afecta directamente en su vida privada, es una notoria desorientación vocacional.

Iniciaré la dilucidación del primer aspecto de esta doble tragedia. Para ello, vuelvo a formular la pregunta de hace un momento: ¿Cuál es el ideario político de nuestra juventud? Cada generación argentina tuvo su ideario y trató de realizarlo. Los criollos de la época colonial aspiraron a afirmar su hegemonía sobre el suelo, fundaron ciudades y combatieron a los aborígenes o trataron de llevarlos al seno de su comunidad político-religiosa; la generación de Mayo luchó para liberarse de la tutela de los peninsulares y nos dió la Independencia.

Sus sucesores se dividieron en federales y unitarios, cayeron en la anarquía y en la dictadura o tomaron el camino del exilio y de las guerras civiles; del 50 al 80 procuraron la organización definitiva del país; del 80 al 90 trabajaron por su engrandecimiento material y espiritual. Los que teníamos veinte años en el centenario de la Independencia soñábamos con una Argentina poderosa, que albergaría algún día a trescientos millones de habitantes, y que reproduciría en el sur del continente el espectáculo de una nación supercivilizada, puesta al servicio de la humanidad. Ese ideal se ha esfumado después de la primera conflagración mundial, en que la desocupación y el desequilibrio económico han impedido a nuestros gobernantes seguir favoreciendo la inmigración artificial. Pero, en vano venimos auscultando las manifestaciones de la juventud de estos últimos años para desentrañar sus ideales, su rumbo, su acción. ¡En vano hemos buscado sus leaders, sus maestros, sus conductores!

El ideario argentino de las nuevas generaciones no puede reducirse a ese vago deseo de paz y confraternidad internacional, que se pone de manifiesto en las conferencias panamericanas y en la doctrina de algunos publicistas y profesores universitarios. Tampoco puede constituirlo ampliamente el de la defensa de la democracia, de la normalidad constitucional y el repudio del fraude. La reforma universitaria del 18, que ha conmovido durante veinte años a nuestros estudiantes, no ha pasado de ser un ideario poco concreto y pocas veces cumplido, aunque frecuentemente invocado cuando se renuevan las autoridades de las casas de estudio y de los centros estudiantiles.

Brevemente analizaré estas tres posturas ideológicas de nuestra juventud, a las que no les niego nobleza y les doy todo el valor que tienen, pero a las que tampoco atribuyo una magnitud tal, que puedan ser consideradas como la expresión de un ideario máximo, capaz de decidir el destino de una generación.

¿Puede ser un ideal suficiente para absorber toda la acción

de nuestra juventud ese vago panamericanismo, con arbitraje obligatorio, doctrina Drago y política de la buena vecindad, con tratados de comercio, intercambio de profesores, aparatosas conferencias y protocolares discursos? Sin restarle el mérito que estas manifestaciones tienen, se me ocurre que en no pocos de nuestros gobernantes y publicistas ello sólo constituye una forma evasiva, elegante, de eludir los graves y a veces pavorosos problemas internos, problemas sociales, económicos y políticos que llegan a la raíz misma de la cultura y de la civilización. No olvidemos que no pocos países de América contienen aún en sus territorios millones de aborígenes que vegetan en el más lamentable estado de abyección; no olvidemos que en nuestra prodigiosa Argentina, donde se tira el vino a las acequias y el maíz al fuego, la desnutrición es un mal que afecta al porvenir mismo de la raza y que nos da un coeficiente de más de un sesenta por ciento de jóvenes inaptos para el servicio militar. No olvidemos, tampoco, que de este panamericanismo se ha declarado campeón cuanto general o tiranuelo ha llegado al poder por un cuartelazo, para alzarse luego con la suma del poder público. No me convencen estas fórmulas de generosidad para el exterior, con olvido, mezquindad o indiferencia para todo lo que concierne al interior del país.

La defensa de la democracia, amenazada hoy por graves peligros exteriores e interiores, debe constituir, por cierto, una de las más serias preocupaciones de nuestros jóvenes, pero es necesario que no se los utilice ladinamente para defender malas causas con grandes invocaciones y bajo las apariencias de que en ello se juega el porvenir mismo de la civilización. Ya me ocuparé, dentro de breves momentos, del problema de la democracia, cuando esboce un plan de acción para las nuevas generaciones; me concretaré ahora a decir cómo es necesario que la juventud sepa qué democracia debe defender. No será, por supuesto, esa democracia de las mafias políticas, de los caudillos de comité, de los grandes acomodos, de las coimas, del sensualismo del poder, de la inepticia gubernativa, de la inercia

burocrática, de la improvisación y del desorden. ¿Deben defender, acaso, nuestros jóvenes, una democracia de desbarajuste, que permite y ampara la rapacidad, el prevaricato y el fraude?

Tampoco puede reducirse la acción de nuestra juventud a la execración de los fraudes electorales. Es, por cierto, altamente encomiable la actitud de la juventud al repudiarlos, y sólo es de lamentar que no lo haga aún con más energía. Pero la lucha contra el fraude es una incidencia dentro de nuestra vida política y no constituye un ideario a realizar. Debemos considerar que el fraude desaparecerá paulatinamente, a medida que por la educación y la cultura, se dignifique al ciudadano. El fraude es una vieja enfermedad nacional y un mal endémico en Hispano-América. Si alguna vez logro aliviarme de las pesadas tareas universitarias, escribiré una obra que será famosa solo por su artículo. Sería una Historia del fraude en la República Argentina. Empezaría su primer capítulo por historiar el fraude que cometían los conquistadores españoles en perjuicio de la población indígena, violando las capitulaciones con la Corona y las humanitarias Leyes de Indias. Le seguiría una reseña de los fraudes cometidos de continuo en la elección de cabildantes, para llegar al primer fraude patriótico — el del Cabildo abierto del 22 de mayo — no bien probado por cierto, pero que, según la tradición oral, consistió en haber hecho llegar un mayor número de invitaciones a los partidarios de la causa americana y en dar paso a los mismos por las tropas de Patrios, apostadas en las cercanías de la plaza de la Victoria. Fácilmente me será dado demostrar como el fraude se inicia entre nosotros en la infancia y tiene un gran desarrollo en las actividades privadas. Empieza en el Colegio Nacional, con el alumno que copia su lección escrita al compañero de banco o con el libro entre las piernas, para llegar a la Universidad con el “lancero” que se presenta en las mesas con el propósito de sorprender a los examinadores, y culmina con el profesor, que enseña de mala gana cosas mal leídas para salir del paso y justificar su vinculación con el presupuesto. Fraude, realizan los profesionales universitarios

que recurren a reclames deshonestas y al mostrador profesional; los industriales que venden, como buenos, artículos mal manufacturados o de inferior calidad; los comerciantes que adulteran las pesas y medidas, o abusan de su crédito para presentarse luego en quiebra y perjudicar a sus acreedores. Se cometen fraudes en las casas de comercio, en los mercados, en las canchas de sport, en los hipódromos y hasta en la comida que nos sirven en los restaurantes.

La acción de la juventud para combatir los fraudes políticos debe ser enérgica e intransigente, pero cabe expresar mi desencanto ante la forma de reaccionar de mis compatriotas frente a un mal tan grave y que tan hondamente nos afecta. Años atrás, siendo redactor de un gran diario rosarino, me correspondió comentar una noticia proveniente de una provincia vecina, en la que se reseñaban los episodios ocurridos en su legislatura mientras se efectuaba el escrutinio de unas elecciones fraudulentas. El corresponsal informaba que al aparecer ciertos cómputos inverosímiles la barra había prorumpido en ruidosas carcajadas. Mi comentario se refirió, entonces, a esta deplorable modalidad nuestra, de tomar para la chanza los acontecimientos más graves de la vida política, lo que se manifiesta en forma de chistes en las tertulias de café, o de cómicas sátiras teatrales, para solaz de grandes y pequeños. Ello es el producto de nuestra pretendida viveza criolla, exaltada por José Hernández en su famoso viejo Vizcacha, personaje que tanto daño nos ha hecho con la sugestión de sus ingeniosos, pero innobles consejos. Expresé, en mi comentario, como esa ya proverbial “cachada criolla”, que proviene del gaucho que se burlaba del gringo (el que a la larga, con su paciencia y su aparente resignación, ha terminado por dominarlo y explotarlo) aplicada hoy, como una defensa de los derechos políticos, no tiene siquiera la categoría del sarcasmo o de la fina y penetrante ironía. Es una defensa de quienes se sienten débiles e impotentes para afrontar un hecho adverso, y que para no demostrarlo, aparentan una elegante indiferencia. Imaginaba, en mi lucubración, como habrían reaccionado ante un episodio

semejante individuos de otras nacionalidades; al inglés recurriendo a la justicia o al parlamento, al italiano provocando un violento desorden, al francés lanzándose a una denodada campaña periodística y al español pronunciando incendiarias arengas y en franco tren de rebeldía.

En ningún pueblo de la tierra, salvo en el nuestro, se toman estas cosas para la risa, forma de reacción que beneficia y tiene el beneplácito de los autores del fraude, pero que, en manera alguna, significa elegancia o superioridad de espíritu, como algunos pretenden.

A la reforma universitaria del diez y ocho, proclamada como un ideal por las generaciones que nos sucedieron, le faltó — he dicho en otra oportunidad — un contenido político-social para que pueda ser considerada como el ideario integral de la juventud estudiosa. El ideario de una generación siempre tiene un fin eminentemente social. Tiende a modificar regímenes políticos y económicos y debe fundamentarse en altos conceptos filosóficos. En ciertos casos, llega hasta a crear un arte nuevo y es fuente de inspiración de artistas y poetas. Nada de ésto puede decirse de la reforma universitaria, que no ha pasado de ser un vago ideal estudiantil, que se olvida al recibir el título, y que, como ya lo he expresado, se agita comunmente en las vísperas de la elección de autoridades dentro de las casas de estudio. Ya lo dije en mi conferencia conmemorativa del veinte aniversario de la Reforma, pronunciada en el anfiteatro de la Facultad de Ciencias Médicas de Rosario: Le Reforma se enquistó en luchas pequeñas y estériles dentro de las universidades. Se discutía un decanato, una rectoría, una elección de consejeros; se luchaba contra un profesor o entre los propios estudiantes. La Reforma en el diez y ocho luchó en la calle, con el apoyo de los gremios obreros y de las fuerzas representativas de la opinión pública. Al perder mas tarde su contacto con el pueblo, perdió su gran empuje y quedó librada a sus propias fuerzas. Por eso hoy está casi vencida. Pese a la Reforma, el país sigue gobernado con los viejos procedimientos y por idénticos hombres; las uni-

versidades siguen impartiendo enseñanza profesional, convertidas en fábricas de títulos.

La desorientación política de nuestros estudiantes corre pareja con la de nuestros publicistas, artistas y literatos. Se vive y se labora con los ojos puestos en Europa, y, cuando reaccionamos, es para pasarnos al otro extremo: a un cerrado tradicionalismo, vestido de chiripá, imposible de resucitar. Ello equivale a decir que siempre vestimos traje de disfraz. Nuestro arte, nuestra literatura y nuestras ideas políticas se plasman en laboratorios de París, Londres, Berlín o Moseú, o se pretende extraerlos de los cuentos de fogón, mientras circula el amargo y chirrian en la sartén las tortas fritas. O un extranjerismo exagerado, con camisas sport, raquetas de tennis, overoll y gafas de aviador, o un criollismo de pata en el suelo y porra engrasada. Somos los argentinos un pueblo que vive fuera de su realidad histórica, sin que por ello pueda decirse que vivimos hoy en un delirio romántico. Con un gran sentido práctico para los negocios, pero sin ninguna dirección espiritual, vivimos extravertidos y como deslumbrados por todo lo exterior. Somos, como casi todos los latinoamericanos, hombres de ideas copiadas, de modas copiadas y de un arte copiado. Un continente de monos, han dicho unos; un continente cursi han aseverado otros.

Pero no tenemos el sentido de la medida, y cuando queremos reaccionar, nos pasamos del modelo italiano, ruso o alemán a una hipotética resurrección del gaucho, y hasta del indio, con añoranzas de la montonera y de sus enterveros. Quienes llegan a este último extremo y más exageran su criollismo, no son, precisamente, los argentinos de larga ascendencia dentro del país. Como lo hace notar Martínez Estrada en su "Radiografía de la Pampa", son los hijos de los inmigrantes los que más exageran su nacionalismo y su fervor patriótico. Reconociéndolo como una verdad comprobada, permítaseme que replique al ilustre escritor que quienes más exageran su despego por las cosas de la tierra, y quienes más se aferran a las ideas y modas europeas, son precisamente los otros criol-

los, esos de color trigüeño y apellidos bien americanos. Esa tendencia se pone de manifiesto desde su acicalamiento personal hasta en sus preferencias gastronómicas. Visten a la inglesa, comen a la francesa, bailan a la norteamericana y piensan en ruso o en alemán.

En el campo de las ideas políticas observamos que nuestros publicistas tampoco contemplan la realidad histórica con un criterio netamente argentino. Mientras unos, particularmente los porteños y los provincianos aporteñados, se aferran a un centralismo asfixiante y miran hacia el interior del país como si se tratara de un vasto imperio colonial, los que pretenden oponerse desde las provincias, en vez de levantar la bandera de un federalismo económico, político y cultural, propio de nuestro actual estado de progreso, pretenden hacerlo con un federalismo del año treinta, exaltando el recuerdo de las lanzas de Ramírez y de Quiroga, y hasta pretendiendo resucitar el cintillo punzó del rosismo. Vivimos, en cuanto a las ideas, como descentrados y casi siempre fuera de la noción de la realidad. Hasta en la educación de la juventud se olvida lo que es elemental para obtener la cohesión espiritual de nuestra nacionalidad en formación. Se habla mucho de ello, pero en la práctica todo se hace mal o atropelladamente. Se cree que con exagerar el fervor por los símbolos y las conmemoraciones patrióticas, o con desfigurar ciertos hechos históricos o geográficos, es como se hace patria y se inculca a los jóvenes un verdadero espíritu nacionalista, como se cree, también, que con enseñar doce materias por año en los institutos secundarios se puede llegar a la verdadera ilustración. Se pretende argentinizarse la enseñanza yendo a lo externo, a lo espectacular, y recurriendo, a veces, hasta a la extorsión. Con un poco de disimulo, se pretende usar, como en ciertas ideologías políticas, de la cachiporra moral para imponer ideales que deben llegar al espíritu por el camino amplio y luminoso de la convicción. Hasta ahora, pocos son los que han ido a la raíz misma del problema; es decir, los que han propiciado la reeducación del hijo del extranjero, y aun del criollo caído en la abyección, para

inculcarle las grandes virtudes gauchas de nuestros antepasados, que constituyen nuestro mas noble acervo espiritual y lo más honroso y valedero que hemos podido ostentar ante todos los pueblos del universo.

En las escuelas se ensayan todos los días nuevos métodos pedagógicos, importados de Estados Unidos, Alemania, Italia o Suiza, pero en ninguno de éstos se adopta, que yo sepa, un procedimiento que trate de conservar las mejores virtudes del argentino del pasado o de corregir nuestros defectos mas visibles del presente. Pese a toda la ciencia de nuestros magisters de la pedagogía, no hemos tenido todavía un ministro de Instrucción Pública o un Presidente de Consejo que castigue la delación, por ejemplo, que profesores y maestros fomentan en las escuelas y colegios mediante castigos colectivos para que aparezca el culpable cuando se comete una falta. Es por ello que la lealtad y el compañerismo, esas dos grandes virtudes de antaño, ya casi han desaparecido de nuestras costumbres.

La desorientación vocacional de nuestros jóvenes es similar a su desorientación política. Podríamos decir que ambas son consecuencias de una misma causa, y que no es otra que el sensualismo que los domina. Millares de jóvenes llegan todos los años a las puertas de la Universidad en demanda de un título; muy pocos, de la verdadera cultura. Siendo sincero, he de agregar, también, que en nuestras universidades se le da hoy mayor preferencia a la preparación profesional. Estos jóvenes, que no traen otro fin que el muy material de munirse de un instrumento eficaz para la lucha por la vida, que les permita satisfacer sus apetitos de confort o de riqueza, cuando se reciben, advierten de pronto que sólo han ido a engrosar el ya enorme ejército de los desocupados. Cuando no se tienen padres ricos, o no se tiene la suerte o la influencia para conseguir un empleo de gobierno, si la moral es floja, facilmente se llega a los lindes de la delincuencia. Se asalta al cliente y se cambalachea con la profesión. Ya dije a los estudiantes en mi conferencia conmemorativa del aniversario de la Reforma: Debemos reaccionar contra ese afán desmedido de llegar

cuanto antes a la obtención del título y volar con éste bajo el brazo a la conquista de la clientela y de los pesos. Ese estudiante, aparentemente idealista, contagiado de entusiasmo, que en los claustros luchaba por reformas sociales y políticas, imbuido, al parecer, de un gran sentido humanista, presto echa todo al olvido. Ya médico, abogado o ingeniero, solo piensa en el confort, en la buena vida, en la casa puesta, en la cuenta corriente de los bancos, y nos encontramos con que el antiguo revolucionario, el idealista violento y agresivo de los veinte años, se transforma, a los veinticinco, en un insignificante burgués, cuando se compra el primer automóvil o se casa con la heredera de un rico comerciante o estanciero de la zona donde actúa. El egoísmo de nuestros profesionales universitarios raya comunmente en lo inaudito. Nada les importa, con tal que no se les toque su ración, es decir, su empleo, su clientela o su fortuna.

Nuestros universitarios olvidan fácilmente sus deberes para con el país. La cultura no les ha sido proporcionada por el Estado para que solo acumulen pesos, para que se constituyan en casta, para que hagan una vida fácil y todo se deslice placenteramente a su alrededor. No fué ésta la vida de nuestros antepasados. No fué esa la de los conquistadores, de los hombres de la Independencia, de la organización nacional, de la conquista del desierto, de la colonización agrícola. Nadie me podrá sospechar simpatizante de los regímenes totalitarios; pero hay una frase de Mussolini en sus conversaciones con Emil Ludwig que es todo una lección: "Nosotros, dijo, nos hemos hecho difícil la vida". Esa norma es el secreto del éxito. Hacer difícil la vida significa elegir la carga más pesada e incómoda, el camino más escabroso, pero significa, también, la realización de un ideal. Si los adversarios del fascismo hubiesen hecho difíciles sus vidas, posiblemente no habrían sido dominados, encarcelados o desterrados. Habrían muerto o habrían vencido!

El materialismo de las nuevas generaciones argentinas es un fenómeno que ha sido señalado, pero que, en mi concepto,

no ha sido explicado suficientemente. Se lo atribuye a las más diversas causas: desde la influencia perniciosa del cine norteamericano hasta al deportismo y a la pasión por el juego, que parecieran constituir hoy su única preocupación. Tratando de ahondar este fenómeno, que no es común en los otros pueblos de la América latina, he llegado a la conclusión de que dicho sensualismo proviene de un ideal transmitido por los padres inmigrantes, que llegaron al país con un solo propósito: salir de la miseria, hacer dinero, procurar, en una palabra, “hacer la América”. Ese inmigrante dejó en su patria sus tradiciones, sus ideales políticos — y, a veces — hasta sus creencias religiosas. En América no ha tenido otra finalidad que la de hacer fortuna. Siete millones de argentinos, hijos de inmigrantes, han mamado ese ideal junto al pecho materno. Otros cinco millones, hijos de los antiguos dueños del país, sintiéndose desposeídos o deslumbrados por el espectáculo de esa riqueza que desfilaba ante sus ojos, despertaron también a la sed del lujo y se olvidaron de sus grandes virtudes nativas: la despreocupación por la riqueza, la generosidad y la hospitalidad. Y ahí tenemos ahora a doce millones de argentinos marchando en cerrada formación en pos del becerro de oro, buscando en la riqueza y en el lujo la suprema razón de su existencia.

Vivimos en un ambiente en que al idealista, a quien se califica despectivamente de “lírico”, para rebajarlo a la categoría de un fronterizo, se lo trata con cierta desdeñosa ironía. Sin embargo, permítaseme que diga como en las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña: ¡Felices de los líricos porque de ellos es el reino de los Cielos! E infeliz el hombre práctico, del sensualista, cuando por los azares de la vida llegue a caer en la pobreza o le falte la salud. Quien lleva puestos sus ojos solo sobre las cosas materiales que le rodean, no tendrá consuelo en las horas de dolor y soledad. Quien vive sus ensueños nunca está solo ni desamparado en el mundo. ¡Nada más bello, ni más noble, que quemarse en aras de un ideal, cualquiera que éste sea! “Los hombres — dijo en cierta

ocasión Máximo Gorki — nacemos para quemarnos o para podrirnos”. ¡Quemarse, sí, en la luz de las ideas, de la verdad y de la lucha, o podrirse en vida, podrirse en la abyección y en la holganza... Ser puramente materia!

Pero los ideales no se improvisan ni se proyectan. No se adquieren como artículo de lujo en el bazar de la cultura o en la feria de la política. Los ideales, como la ética, surgen de las entrañas mismas del pueblo. Tienen una larga y oscura gestación, cual los embriones de las plantas, para surgir a su tiempo, y ya en plena luz, reventar en magníficas flores que se convertirán más tarde en óptimos frutos.

El ideal-madre de una nacionalidad surge como un don espontáneo de Dios. Podrán proyectarse reformas sociales, económicas, políticas o jurídicas, pero el ideal de una raza, de una nacionalidad o de una generación está siempre por encima de los reformadores. Los grandes conductores son, en realidad, conducidos por el espíritu-masa de los pueblos, cuyas ideas ellos interpretan.

Podrá un pueblo ser pobre, pequeño; podrá vivir rudimentariamente, sin grandes progresos, y hasta sin una verdadera cultura, pero ese pueblo desempeñará siempre un papel en la historia si encarna un alto ideal humano. La decadencia de las naciones sobreviene cuando llegan las generaciones decreídas o cansadas, cuando se apaga en ellas la luz de todo ideal. Mientras la Grecia clásica conservó el culto de la belleza y el saber, fué grande y respetada por todos los pueblos de la tierra. Mientras Roma se lanzaba a la conquista del mundo para imponerle su civilización y sus normas jurídicas mantuvo incólume su poderío. Con el sibaritismo y el descreimiento les legó, a ambas, la decadencia y, más tarde, la ruina.

Cuando una generación se desorienta, cuando llega al descreimiento y al sensualismo, busca sus ideales fuera de sí. Se produce una extraversion espiritual. Menos mal cuando, en ese trance, se refugia en el recuerdo del pasado, pretendiendo vivir a la sombra de su historia y de sus próceres. Ello constituye, indudablemente, una defensa, aunque es índice de fal-

ta de espíritu creador y de aptitud para la acción. El culto del pasado es un deber, pero no constituye un ideal. El pasado siempre está a nuestras espaldas y los ideales frente a nosotros, como un espejismo que se dibuja y desdibuja en lontananza, a medida que avanzamos.

Cada generación debe tener su propio ideario y escribir su propia historia. No debe pretender vivir a expensas de la que escribieron las que le han precedido. El ideario de los hombres de Mayo no fué, por cierto, el de sus padres, los señores de la Colonia; el ideario de los hombres del 53 no fué el de los que vivieron en la anarquía o bajo la dictadura. El ideal de los hombres del 80 avanza sobre el de sus antecesores, buscando, por el orden y la paz, la cultura y el progreso del país.

Pero, es mas deplorable aún, cuando una generación busca sus ideales en tierras extrañas, cuando a falta de un ideal propio pretende obtener uno de prestado. La juventud argentina oscila hoy entre estos dos extremos. Una parte cree que su ideario puede estar en el pasado, en la tradición, y pretende seguir en la inercia, en virtud de las muchas fatigas y trabajos que pasaron sus antecesores; la otra, cree que su ideario está gestándose a miles de kilómetros de distancia. Es deplorable que nuestros jóvenes se sientan conmovidos y orientados por palabras y conceptos que no nos conciernen, por directivas que no son para nosotros; en una palabra, que tengan por leaders, por hombres-bandera, al caucasiano Stalin, al germano Hitler, al inglés Churchill, al italiano Mussolini o al yankee Roosevelt, que hablan desde sus pueblos y para sus pueblos.

¿Porque no han de formular un ideario americano, y, si se quiere más, un ideario argentino? ¿Es que han de ser demócratas, totalitarios, liberales o comunistas a la manera norteamericana, alemana, inglesa o rusa? ¿Acaso un argentino podrá disciplinarse como un alemán, someterse como un mujik, trabajar como un norteamericano o formalizarse como un inglés? Bajo ningún régimen, el argentino, y aun, el indoame-

ricano, podría vivir y desenvolverse con las normas que se aplican a hombres de otras razas y de tan diversa idiosincracia.

No soy, por cierto, el primero que da un toque de atención sobre esta tendencia a imitar lo extraño, a buscar afuera la fuente de nuestras inspiraciones. Ya lo ha hecho elocuentemente, en sus libros y desde las tribunas de esta Universidad, el ensayista peruano Luis Alberto Sánchez; ya lo dijo patéticamente el viejo maestro uruguayo Carlos Vaz Ferreyra desde este mismo sitio, calificándolo como el más grave problema de América, y expresando que la “tendencia a la imitación — por explicable que sea en su origen, y por admisible y legítima que todavía sea en ciertos aspectos — constituye el mayor peligro actual de nuestros países sudamericanos”.

Es tal nuestro espíritu de imitación, que no resisto a relatar una nueva anécdota. Siendo redactor del diario a que he aludido anteriormente, tenía por compañero de tareas a un veterano periodista que profesaba ideas extremas. Cuando en lo más álgido de la guerra civil española empezaron a producirse los primeros reveses de los republicanos, optó por no hacerse mala sangre. “¡Para qué pensar y renegar, decía, si al fin y al cabo nosotros seremos demócratas, fascistas o comunistas cuando un simple telegrama nos anuncie que uno de esos regímenes se ha implantado en Londres o en París! No seremos ni siquiera conquistados. Nos adelantaremos con las banderas desplegadas para entregarnos al que resulte vencedor”.

Sin duda que el citado periodista algo exageraba, pero no es posible negar que en la Argentina aún predomina cierto espíritu que yo califico de colonialismo. Muchos de nuestros compatriotas se sienten coloniales. Unos, quizás por que son hijos de extranjeros e instintivamente, subconscientemente, buscan el calor de las patrias de sus padres; otros, porque no se sienten con la capacidad y responsabilidades necesarias para ser independientes.

Entre los muchos ejemplos que podría presentar de este colonialismo voy a referir solo uno. Tengo un amigo, profesor

universitario y hombre de vasta ilustración, que es una especie de termómetro de la marcha de los acontecimientos mundiales. Si no leyera los diarios, me habría bastado con saber como piensa mi colega para enterarme del éxito o del fracaso que van obteniendo los diversos regímenes políticos que se ensayan en el mundo. En menos de cinco años, lo he conocido comunista, demócrata liberal, totalitario, demócrata cristiano, integralista, republicano y falangista. Este amigo mío es un hombre sincero y un buen argentino, que aspira al mejoramiento de nuestras condiciones políticas y sociales, pero se asemeja mucho a los niños, que siempre desean los juguetes de sus amiguitos, aunque los que tienen en sus casas son muchos mejores.

Muy lejos de mi ánimo la pretensión de erigirme en maestro o conductor de la juventud. No tengo la madurez, la capacidad ni el heroísmo suficiente para serlo. Pero, desde la penumbra de mi gabinete de trabajo, meditando serenamente sobre nuestros problemas, libre de toda influencia o pasión política y sin otro miraje que el bien del país, me atreveré a puntualizar cuales deberían ser, en mi concepto, los objetivos básicos del ideario de la nueva generación; de esta generación que asoma a la vida en medio del fragor de la batalla y con la angustia de un gran desconcierto espiritual. Ellos podrían concretarse en las siguientes: Fortificar el espíritu de la nacionalidad mediante la amalgama de los diversos elementos étnicos que hoy conviven dentro de nuestro inmenso y semidespoblado territorio; liberar de la miseria y de la abyección a las clases humildes de nuestros campos y ciudades; liberar la economía del país de la dictadura del imperialismo capitalista extranjero.

Estos objetivos ya han sido señalados — ¡cómo negarlo! — por numerosos publicistas y gobernantes, pero sostengo que no sólo son básicos, sino que son inseparables. No se les podría resolver aisladamente. La solución de cada uno de ellos está estrechamente vinculada a la solución de los otros dos.

Los dos objetivos que podríamos llamar económicos, es

decir, la liberación del país de la hoy ya nefasta dictadura del capital extranjero y la dignificación de la vida de una gran parte de sus habitantes, son indispensables para poder llegar al punto cardinal de lo que debe ser el ideario argentino de nuestros días: fortificar o crear un nuevo y vigoroso sentimiento nacional, hoy trabajado y puesto en peligro por eterogéneos elementos étnicos que no se asimilan ya, como veinte años atrás asimilábamos al español y al italiano que llegaba a nuestras playas. Puede afirmarse que hoy, aún los italianos y españoles que llegan al país, traen una fuerte tendencia ideológica que les impide fusionarse en el espíritu de la nacionalidad argentina — que, por otra parte — a causa del cosmopolitismo, ha perdido su gran fuerza de absorción.

El bienestar económico, una distribución equitativa de la riqueza, cuando llega a todos los sectores de la sociedad, conduce a la elevación de la moral media, facilita la cultura y desarrolla el amor al sitio en donde se vive, creando una especie de orgullo o sentimiento de superioridad, que es básico en la formación de toda conciencia nacional. Ese bienestar económico es el que transforma en yankees aún a los extranjeros que se radican en la poderosa república del norte. Cuando se vive en la miseria, en la abyección, es decir, en la humillación, se vive maldiciendo a los gobernantes y aún a la propia patria donde se ha nacido. Cansados estamos de oírlo en boca de nuestros pobres criollos, convertidos en ex-hombres por la miseria y su falta de sentido práctico de la vida. “¡Ya no somos nada en nuestra tierra. Se acabaron los argentinos! — dicen esos infelices que viven peor que las bestias en sus guaridas de los bajos del Salado, muy inferiores, por cierto, a las chozas de los indios que habitan aún en las selvas chaqueñas.

Si me he atrevido a señalar cuales deberían ser los puntos básicos del ideario político-social de las nuevas generaciones, no me he de detener en el camino y me atreveré, también, a esbozar las reformas que estimo imprescindibles para llegar a la dignificación de nuestras costumbres políticas y a un reajuste o reacomodamiento de nuestras instituciones democrá-

ticas, con el fin de elevarlas al grado de eficacia que hoy exige la complicada vida moderna. Para lo primero, no recurriré a investigaciones de gabinete. Me basta y me sobra con mi larga experiencia de ex actuante, que durante un cuarto de siglo ha incursionado, con diversa fortuna, en los vericuetos de la vida política del país. Estos puntos de vista fueron expuestos ya el año pasado en una conferencia que pronuncié en Rosario ante los estudiantes de la Facultad de Ciencias Matemáticas.

El arte de gobernar dentro de las normas de la democracia exige hoy, imperiosamente, la revisión de sus métodos y sistemas. Divididos los países en democráticos y totalitarios, pretenden estos últimos ser los monopolizadores de la eficacia en el gobierno. Si por eficacia se entiende tener éxito en la guerra, es indudable que tendríamos que inclinarnos ante la realidad. Pero, la negación de las excelencias de la democracia por sus detractores, no debe llevarnos a la ofuscación de pretender defenderla sin admitir sus inconvenientes o a no buscar la manera de corregirlos. No debemos hacer lo que los niños, que creen que cerrando los ojos eluden los peligros que los amenazan. No debemos encerrarnos, tampoco, en una idolatría de fórmulas e instituciones que ya no se adaptan a las exigencias de los tiempos en que vivimos.

Las providencias que de inmediato se imponen para el acomodamiento de nuestra democracia, con el fin de colocarla en condiciones de eficiencia, y para evitar que las masas desencantadas se lancen en las corrientes que llevan hacia los regímenes de fuerza, serían las que a continuación paso a mencionar: aumentar la cultura del pueblo y mejorar sus condiciones de vida para que deje de ser un factor negativo en las actividades político-electorales; concentrar las atribuciones de los gobernantes, con el consiguiente aumento de su responsabilidad, hecha efectiva mediante organismos permanentes de contralor; racionalizar la administración del Estado; simplificar los procedimientos de la burocracia y seleccionar sus componentes por la exigencia de una idoneidad efectiva, técnica y

moral; gobernar mediante planes orgánicos, generales y permanentes, eliminando la improvisación, el capricho o el mero azar; defender las riquezas nacionales, evitando la especulación y el enriquecimiento indebido de privilegiadas minorías a costa de las clases productoras; reglamentar legalmente los partidos políticos, fiscalizando sus actividades internas, pero sin contrariar la libertad de opinión.

La naturaleza de este acto me impide analizar "in extenso" estos puntos de vista, así como el ya mencionado problema de la democracia frente a la eficacia, asunto que fué tema de mi conferencia en el reciente Congreso de Municipios de la provincia de Córdoba, pero he de detenerme someramente sobre algunos de ellos, a fin de no dejar trunca esta exposición.

Es indudable que la cultura del pueblo favorece el funcionamiento de las instituciones de la democracia, que no ha fracasado, por cierto, en países como Suiza, Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Inglaterra y Bélgica, donde virtualmente no existen analfabetos. Pero no se puede pretender una democracia superior, de primera línea, en países donde los partidos políticos llenan sus comités con analfabetos, ebrios consuetudinarios, vagabundos y delincuentes.

La concentración de la responsabilidad en los órganos directivos del Estado es tan necesaria que, sin ella, el sistema de la división de poderes se convierte en un espectáculo teatral, con permanentes conflictos y reyertas. Es necesario que quienes deben gobernar tengan las atribuciones y los medios suficientes para hacerlo. Débese eliminar de los parlamentos y cuerpos deliberativos ese exceso de electoralismo, improvisación y verbosidad que los hace repudiables; es necesario que en esos cuerpos se hable menos y se vote con más conciencia. Para ello, deberá recurrirse al asesoramiento de comisiones de técnicos, que formulen los proyectos y dictámenes. Los representantes del pueblo deberían limitarse a votar por sí o por no en todas aquellas cuestiones que están fuera del campo estrictamente político. Es imprescindible, también, la creación de un Consejo de Estado, constituido por hombres de derecho,

tal como existe en Francia, para contener dentro de la órbita de sus funciones y deberes a todos los órganos de la administración pública y hacer efectiva su responsabilidad, en caso de extralimitaciones.

La idoneidad en los cargos públicos, acreditada por el certificado de estudios o el concurso, debe reemplazar a la recomendación, al parentesco y a los méritos de comité. Vivimos en una época en que ya no se pueden gobernar patriarcalmente los pueblos; en que ya no basta ser bueno para ser bueno en el gobierno. La historia de nuestra provincia está plagada de ejemplos de hombres que fueron excelentes en su vida privada, pero que fracasaron en las tareas del gobierno por falta de aptitudes especiales. Las finanzas, la educación, la sanidad y las obras públicas no pueden estar hoy en manos de improvisados. En el orden municipal, tampoco las grandes ciudades pueden seguir siendo administradas por caudillos, y, ni siquiera por comerciantes, por mas excelentes que sean.

No se puede seguir gobernando por medio de la improvisación, del capricho o con miras al proselitismo electoralista. Deben elaborarse planes orgánicos para realizar toda labor de gobierno; deben formularse planes de obras públicas, de vialidad, de sanidad, de asistencia social, de educación, de fomento industrial, de servicios públicos y de bienestar general. Deben crearse organismos técnicos, de carácter permanente, para la dirección y contralor de los servicios públicos, estatizados, municipalizados o concedidos a la actividad privada.

El Estado debe tener cada día mayor ingerencia en las actividades de la economía privada, fiscalizando y encauzando la producción y el intercambio. Es necesario regular las ganancias y los precios. Ello no quiere decir que tenga nuestro beneplácito esa política económica que se ha implantado en el país, y que por medio de juntas reguladoras tiende solo a proteger los intereses de pequeños núcleos de privilegiados industriales. La economía dirigida debe tener por finalidad, única y exclusiva, el bienestar general de la población, el

que debe primar en todo momento sobre los intereses de los especuladores y de los potentados de la industria y del comercio.

Pero, donde el reacomodamiento de la democracia debe hacerse sentir con mayor intensidad, es en la fiscalización de los partidos políticos. La corrupción interna de nuestras agrupaciones políticas es algo que ya no ignora nadie en el país, y que ha sido señalada, no hace mucho tiempo, desde el alto sitial de la primera magistratura de la Nación.

Los dirigentes políticos no representan, por lo común, una auténtica voluntad partidaria. La influencia corruptora del dinero y mil artimañas y recursos los convierten en señores omnímodos de sus respectivas agrupaciones políticas, las que le sirven de trampolín para el logro de su medro y ambiciones. La institución del comité constituye en nuestro país una verdadera industria, donde núcleos de individuos corrompidos afluyen a la búsqueda de toda clase de pitanzas: desde la dádiva y la recomendación para un empleo hasta la impunidad para vivir al margen de la ley. Esta industrialización llega al extremo de que una gran masa de gente se afilia en los registros de todos los partidos existentes, circunstancia que permite a los caudillos de barrio, siendo adversarios, prestarse ayuda mutua para salir triunfantes en las elecciones internas de sus respectivos partidos.

La reglamentación legal de los partidos políticos debe hacerse sin menoscabo de su ideario y plataforma, mediante rigurosas medidas para evitar esta corrupción, tarea que, por cierto, deberá confiarse, para mayor imparcialidad, a la justicia.

Los gobiernos calamitosos, moneda corriente en nuestros países de América, son el fiel reflejo de los partidos que los constituyen. Un partido político, cuando triunfa o arrebató el poder, traslada sus cuadros directivos a la administración pública, y es de suponer que la corrupción y el sensualismo que minaban sus filas fructificará con más vigor cuando se entra en el reparto de las posiciones rentadas. Si a ese factor de la corrupción interna de los partidos se suma la falta de un plan

de gobierno, honestamente elaborado, y no "pour l'exportation", como ocurre generalmente, tendremos el más deplorable cuadro de una democracia en decadencia.

El problema de la eficacia en la democracia no es nuevo, ni nos toma de sorpresa. Si se abren textos de cuarenta años atrás, observamos que entonces ya estaba planteado en todo su vigor. A fines del siglo pasado el régimen de los gobiernos estaduales y municipales dieron motivo en los Estados Unidos a tales trastornos, vicios y corruptelas, que el ilustre constitucionalista Bryce los señalaba como un gran borrón en aquella democracia y como un fenómeno corriente, reconocido por los más eminentes publicistas de dicho país. La maléfica sombra del Tammany Hall y el espúreo procedimiento del "spoils system", que tiene su equivalente entre nosotros en esas cesantías en masa que decretan los partidos triunfantes cuando llegan al poder, llevaron la corrupción de los gobiernos locales a su máximo extremo. Aparecieron entonces las teorías de la eficacia, que los totalitarios pretenden haber resuelto con la supresión de toda ingerencia popular en los resortes del gobierno. Bueno es advertir que no es la democracia lo que ha fracasado en el mundo. Ha fracasado algo que está más allá de los sistemas y teorías: ¡Ha fracasado el hombre!

El hombre, en su evolución espiritual, no ha llegado aún al grado de perfeccionamiento suficiente para que pueda manejar sin peligro los grandes instrumentos del progreso. Si ha fracasado en la democracia, mas lamentable es aún su estado bajo las dictaduras, pues allí aparece convertido en un "pobre hombre", que no tiene derecho para profesar un credo, para pensar en voz alta, y, ni siquiera, para escuchar por el auricular de su teléfono o el altoparlante de su radio noticias o comentarios que no hayan sido controlados previamente por sus gobernantes, erigidos en señores omnímodos de su conciencia y de su vida. Pese a todos sus contrastes, mantengamos nuestra fe en la democracia, readaptándola y mejorándola siempre, pero mantengámosla porque ella es, por sobre todas las cosas, una conquista definitiva de la civilización.

No terminaré esta disertación sin decir cual es, en definitiva, mi esperanza suprema, mi inmutable fe en los destinos de esta patria, cuyos hijos, pese a los muchos y grandes defectos que se les señalan, resultan excelentes cuando se los compara con hombres de otras tierras. Tiene el argentino la inestabilidad y la frivolidad del adolescente; pero, como a su vez ha sido influenciado por multitudes de hombres abatidos, que llegaron de todos los ámbitos del mundo, ha adquirido cierta melancolía, cierto escepticismo que nos lo presenta, en circunstancias difíciles, con síntomas de decadencia, y hasta de vejez. Pero el pueblo argentino es esencialmente infantil, y así lo vio Waldo Frank cuando nos visitara en 1930. Waldo Frank, que presencié el golpe de Estado del 6 de setiembre, expresa que la elevación de Irigoyen, así como su caída, "hablan de un pueblo lleno de recursos, pero infantil todavía". No podría elegirse un ejemplo más palpable para demostrar nuestra inestabilidad ideológica, nuestra adolescencia espiritual. Y eso que a Waldo Frank no le fué dado presenciar el epílogo. En 1928 el pueblo argentino consagra, plebicitariamente, a Hipólito Irigoyen, presidente y mentor de sus destinos. En 1930, gran parte de ese mismo pueblo lo depone y una turba saquea e incendia el humilde mobiliario de su residencia. El viejo jefe, enfermo, abandonado por sus partidarios y hasta por sus amigos, debe refugiarse en un cuartel para salvarse de la furia de sus adversarios. Dos años después, el cadáver de Hipólito Irigoyen es conducido a su última morada en medio de un verdadero delirio místico, entre himnos, lágrimas y rezos, por medio millón de argentinos, mientras diez millones más se posternaban angustiados ante su imagen.

¡Esos somos los argentinos! Esa inestabilidad nuestra será, a veces, inconveniente, pero habla de un pueblo apasionado y, en el fondo, siempre generoso.

Esa generosidad, que nos viene de los gauchos, y que, como el humus de la pampa, alimenta las raíces mismas de nuestra nacionalidad en formación, no podrá ser borrada del espíritu de los que nacen y respiran en los aires de esta tierra,

porque nadie puede ser mezquino ni desconfiado en un ambiente donde todo nos habla de abundancia y de grandeza. ¡Si todo es grande en nuestra tierra: ríos, montañas, llanura y riqueza, cómo podrían ser pequeños o míseros los que nacen en ella!

Dejo la tribuna sin zozobra, con la tranquilidad de haber cumplido una misión. Agradezco al señor Rector y al señor Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas la honrosa tarea que me han confiado. En mi doble condición de profesor y hombre de letras, creo haberme salvado de las duras palabras que acaba de dirigir a los intelectuales de América, en una especie de terrible "J'acusse", Archibal Mac Leish, el poeta director de la Biblioteca del Congreso de Washington, quien nos ha dicho en "Los irresponsables", que "los que debían hacerse oír guardan silencio, porque ya no hay voces que acepten la responsabilidad de hablar. En su carácter de scholar — agrega — el estudioso de hoy no se sitúa en el presente; ama a la palabra, pero sólo la palabra que no implica dictamen, que no se abandera, que no ejecuta acción alguna. Mientras el hombre de letras de otros siglos cultivaba el pasado sin substraerse a los rumores del presente, haciéndolos surgir entre sus contemporáneos con el relieve de una estatua entre los árboles, el scholar de hoy, en su función de tal, abandona el presente y se refugia en el pasado, donde todos los hombres son de mármol".

Desde este extremo de América, y desde la tribuna de esta joven y vigorosa Universidad argentina, me siento feliz de haber levantado mi voz y de haber asumido mi responsabilidad.

Asumámosla todos, iniciando el gran debate, y no tengamos miedo de hablar, pero de hablar pensando en voz alta.

Pensando en voz alta, sin otro miraje que el bien de la patria y el porvenir de la raza, llamo a los jóvenes a la realidad, a la responsabilidad, a la acción. Ellos son, todavía, en medio de la catástrofe y de las sombras, nuestra única y última esperanza. De ellos depende el futuro de esta humanidad en decadencia. Cuando la tragedia haya terminado, ellos

tendrán en sus manos la riendas del mundo. Las tendrán desde el gobierno, desde las universidades, desde los centros de cultura, desde los partidos políticos. Nosotros seremos, apenas, un recuerdo en el pasado.

Sálvense los jóvenes, sálvense por la fuerza del ideal. Sólo por los ideales se salvan las generaciones del olvido y perduran las naciones y los pueblos. Elaboren los nuevos argentinos un gran ideal argentino, generoso, altruista, orientado hacia una mayor justicia social, hacia un mejor orden interno y hacia una democracia auténtica. Elabórenlo, y habrán llenado su ciclo, habrán cumplido un gran destino. ¡Destino que nos fué negado a nosotros, los hombres de la encrucijada de la historia, los hombres del Ocaso!

¡Ese sol que se pone, y que para nosotros es anuncio de sombras y de muerte, debe ser para vosotros, jóvenes amigos, aurora de un mundo mejor, clarinada de luz que os convoca a la lucha para crear, por las fuerzas del espíritu, una nueva humanidad, en la que el llamado de la madre, el llanto del niño, la queja del enfermo y el lamento del anciano encuentren una respuesta que no sea el trágico tabletear de las ametralladoras o el ululante estallido de las bombas; pero que sea, si, como una voz que surgiendo del fondo de los siglos, anuncie que llega ya a su fin el reinado de la Bestia para que el hombre, en íntima comunión con las fuerzas divinas que son la razón de su existencia, se levante como Señor del mundo, y arquitecte, por las leyes del amor y la justicia, la real expresión de su Destino!

ALCIDES GRECA